VARIA

DON QUIJOTE Y EL CAPITAN RIBOT

«La alegría del capitán Ribot» de Palacio Valdés, es, sobre todo y, por encima de sus restantes cualidades de amenidad, interés psicológico y feliz ambientación, delicada. Dudo mucho que este abjetivo diga algo a la masa de lectores de hoy. Nada más triste que una palabra vacía de contenido, un vocablo que antaño fué sonoro y pleno de significado y que presenta ya, junto a las señales inequívocas del arcaismo, la amarga condición de responder a un concepto vago y difuso, y la huella de una fosilización prematura. Tales palabras permanecen en el acervo del idioma como lastre muerto, con la anodina, insulsa melancolía del cascabel vacío.

Así sucede con la palabra «delicadeza». El concepto a que responde sufre tal crisis en nuestra época, que pronto este vocablo será un mero sonido sin la médula entrañable de la idea.

Por eso, la novela que nos ocupa, resulta a todas luces insípida en nuestros días y para la casi totalidad del público, porque la delicadeza es su valor fundamental.

Si los críticos contemporáneos de Palacio Valdés, calificaron su obra «Marta y María» de «agua tibia», ¿qué dirán nuestros actuales críticos acerca de la aventura sentimental, toda sutileza e idealismo, del capitán Ribot, a quien un conocido escritor asturiano apellida «el bonísimo»? Mucho me temo que para la inmensa mayoría de críticos y lectores que ahora puedan leerla, el «bonísi-

mo Ribot» resulte un dechado de simpleza. Decididamente, y como producción de un escritor contemporáneo, la obra no tendría ningún éxito. Ahora priva un género novelístico que constituye la anti-tesis del mencionado libro de Palacio Valdés.

El lector prefiere, a cualquier otra cosa que pueda brindársele, la crudeza repelente de «Lo que el viento se llevó», la pornografía escueta e informativa de «La hora veinticinco», o el arte magistral ciertamente, de Lajos Zilahy para envolver en una cápsula de riqueza imaginativa las dosis más fuertes de sensualidad é incluso de lujuria.

La cosa no tendría mayor importancia si la Literatura, y más concretamente la novela, no fuera, como lo es casi siempre, algo parecido a uno de esos aparatos, que anuncian los movimientos sísmicos y registran incluso los más imperceptibles.

Ejemplos de «novelas sismógrafos» abundan en la Literatura de todos los tiempos. Están entre ellas, el «Satiricón» de Petronio, que presagiaba la disgregación del imperio romano, y la «Vida del Buscón D. Pablos», terrible, amarguísimo preludio de la caída de España «cuyo estruendo aterró al orbe». ¿Qué suprema convulsión de la humanidad, qué cataclismo psíquico, qué caos moral en gestación, anuncia el tremendismo procaz, tenso siempre hacia lo monstruoso, vertido en los libros contemporáneos?

La aversión hacia lo exquisito o la incapacidad para gozarlo, la crisis del idealismo, la atrofia de la delicadeza en el espíritu humano, es el gran pecado y, a la vez, el terrible castigo de las decadencias y de los declives históricos.

Por eso D. Quijote no hubiera podido surgir en nuestros días. Es el alumbramiento felicísimo de una mente española en una época de equilibrio y auge, cuando las virtudes raciales eran el «leitmotif» de nuestra Historia y, por ende, de nuestra Literatura y cuando velaba en las latitudes hispánicas un sol sin ocaso.

D. Quijote, —silueta alargada, con la cordial elegancia del gótico; ascetismo y prestancia; gentileza, enajenada, sí, pero idealista y noble; gallardía acabadísima y nunca desmentida, en la actitud y

en el acto; despreocupación irresponsable, pero sublime, en asuntos materiales--, presenta las características, en trance ahora de desaparición, del selecto, del hombre dotado de un perfecto señorío anímico, del «super-espíritu».

Yo encuentro un paralelo de semejanza, no por sutil menos patente, entre las figuras igualmente amables y nostálgicamente anacrónicas en nuestros días, de D. Quijote y el capitán Ribot.

Casi me parece ver el destartalado yelmo del buen caballero y la gorra galoneada del bonísimo capitán mercante, acercarse y juntarse en un estrecho y compenetrado abrazo de los dos personajes.

D. Quijote sale a los caminos, y su dedicación a la amada es andariega y rica en incidentes. El personaje de Palacio Valdés, como el caballero manchego, hace de su propia Dulcinea estrella y norte de su vida; por ella pone punto final a sus singladuras y, a la inversa de D. Quijote, su amor es estatismo y anclaje, pero los dos amores son puros y totales con la plenitud cerrada, circulante, pudiéramos decir, de las ofrendas verdaderas con valor de eternidad.

El caso de Ribot, mientras vive el marido de su dama, y sus reacciones altamente caballerosas, que se nutren de su propia categoría de amor ideal y sublimado, no es nuevo, ni es original, ni casi ofrece particular interés. Le preceden, entre otros, los amores de Dante, de Petrarca, del trovador Jauffre de Rudel, el más puro caso, quizá, de platonismo integral.

Es sin embargo, conflicto inusitado en la Literatura moderna, puesto que el adulterio es asunto en ella tan frecuente, que de pecado sacrílego ha descendido en la escala de valores negativos hasta ser considerada actualmente como una bagatela y una fruslería; algo que carece de importancia en nuestro mundo del divorcio repetido y periódico y de desintegración aniquiladora y dañosísima del nucleo familiar.

—¡Este hombre es un Quijote!— dirá con menosprecio el lector de hoy que tenga paciencia y el resto de sensibilidad suficien-

te para leer las andanzas de Ribot. Y, con todo, el verdadero quijotismo de Ribot, no se ve translúcido y claro hasta el final del libro.

El desenlace de la novela casi resulta incomprensible para una mentalidad moderna. Que Ribot se detenga ante el adulterio; es más, que ni siquiera acepte éste en su pensamiento como posible solución de su problema, ya es bastante. Pero muerto el marido de su amada, cuando ésta misma—aunque recelosa, con su vibrátil sensibilidad de mujer honrada, para todo lo que puede resultar equívoco—le ofrece su vida y su cariño como tierna y merecida compensación, Ribot renuncia libre y alegremente a su propia dicha por un puntillo de honor que pudiéramos llamar póstumo o retrospectivo.

He aquí, en el desenlace, la gran lección de esta novela. He aquí el verdadero quijotismo de lindes divinas, que ni espera, ni goza; mejor aún, que se goza en una ascética negación de la alegría, que no usa de lo lícito y largamente esperado, por un prurito de perfección, por un concepto vital hecho de cristiana hidalguía y amasado con delicadeza.

Con esa delicadeza tan española y tan nuestra, que, solamente gracias a figuras como Ribot y D. Quijote, tiene aún, entre nosotros, la fuerza y el atractivo de la palabra vigente y viva.

Luisa BALANZAT

VITAL AZA, COLABORADOR EN LA «HISTORIA COMICA DE ESPAÑA»

Existe un curioso libro en dos tomos —al presente, de no fácil acceso—titulado *Historia cómica de España*. Vió la luz en Madrid, imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, en 1911. Es una miscelánea de trabajos debidos a: Luis Taboada, Juan Pérez Zúñiga, Sinesio Delgado, Tomás Luceño, Vital Aza, Pablo Parellada, Ma-

nuel del Palacio, José Estrañi, Miguel Ramón Carrión, Carlo de Cuenca, Luis de Tapia, Agustín R. Bonnat, «Zadig» y Joaqu Belda.

Estos catorce escritores relatan «en broma» nuestra historia, ocupándose cada uno de ellos bien de un reinado—Carlos Luis de Cuenca trata del de Carlos I—, bien de un período—José Estrañi historió desde Fernando I hasta Pedro el Cruel—. Los trabajos en cuestión se publicaron primeramente—no todos—en las páginas de una revista, y sólo con posterioridad—(en la fecha indicada)—fueron recogidos en volúmen por Juan Pérez Zúñiga, quien les antepuso un prólogo declarando el propósito de los noveles historiadores y justificando el tono de chanza adoptado. «Lo que hay—escribe Pérez Zúñiga—es que miramos la vida en general por el prisma de la sátira y el humorismo, y en este amable ambiente de frívola jocundidad es en el que también como historiadores nos movemos, bien seguros de que la mayoría de nuestros lectores, sensatos de suyo, se solazarán con nuestras bromas, concediéndolas el inofensivo alcance que tienen y nada más».

Innegablemente eran ingeniosos los redactores de tan peregrino epítome. Humor el suyo que se apoyaba en concretos recursos o procedimientos, hoy envejecidos y pasados. Es un fenómeno natural, inevitable. Privan ahora otros harto distintos, que a su vez fenecerán. «Aunque no cabe duda de que el humorismo responde a un concepto superior de la vida y del mundo—escribe M. Fernández Almagro (1)—, es cierto que cada época tiene su fórmula cómica, y la de Taboada, muy representativa, se nos presenta a tono con las comedias de Vital Aza, los libretos del género chico, las caricaturas y los chistes de *Gedeón*, las crónicas y los versos de *Madrid Comico*».

Pienso que el interés primordial de la *Historia cómica de España* reside en el hecho de que reúne los más caracterizados nombres de una promoción literaria española con clara tendencia al humo-

(1) *Taboada y su tiempo*. Artículo en «ABC», número del 7-X-1948, página 3

rismo, por ellos practicado en el artículo periodístico, en el cuadro de costumbres, en la narración extensa, en los versos llamados festivos, en el teatro. Son los miembros de la promoción del *Madrid Cómico* – el popular semanario –; o de la generación del 80, según la nomenclatura del catedrático Sr. Alarcos García (1); o de la generación de Luis Taboada (uno de ellos), como quiere Luis Ruíz Contreras (2).

A ella pertenece, cualquiera que sea la denominación preferida, Vital Aza, quien, dada su calidad de asturiano, fué encargado de componer el capítulo referente a los primeros pasos y monarcas de la Reconquista. Su trabajo ocupa las páginas 153 a 193 del tomo primero.

Divide Vital Aza su relato en tantos apartados como reyes tuvo la monarquía asturiana. Son doce semblanzas no muy extensas, variando un tanto la extensión de acuerdo con la importancia efectiva de los respectivos soberanos. En cada uno de ellos se pasa revista—donosa revista—a los sucesos más salientes del reinado. Modesto Lafuente ha servido de mentor a nuestro coterráneo en tal menester; él mismo lo confiesa:

«Cuando se habla de historia es conveniente
beber en buena fuente;
y yo para hablar de esto
he bebido en La Fuente (Don Modesto)».

José María MARTÍNEZ CACHERO

(1) Conferencias sobre *Poesía satírica y festiva en el siglo* XIX. Curso de 1949 en la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo», Santander.

(2) Artículo en *Pueblo*, Madrid, en un número de octubre de 1948.